

en el *Vuelo del vampiro*, y, a manera de *postscriptum*, nos informa en su libro lo siguiente:

Luego de escritas estas líneas, dos acontecimientos se han producido. El 2 de diciembre de 1980, Romain Gary se dio muerte, quince meses después que su anciana mujer, Jean Seberg. El 2 de julio de 1981, apareció, con la firma de Paul Pavlovitch, un libro titulado *L'homme que l'on croyait*, en el que se revelaba que los cuatro libros publicados con el nombre de Émile Ajar se debían íntegramente a la pluma de su tío Romain Gary. Contaba que, cansado de una crítica sorda y continua, cuando no hostil, el autor de *Les racines du ciel*, premio Goncourt 1956, había decidido renacer con otro nombre, con una obra que rompiera con todo lo que había publicado previamente (p. 288).

Tournier intenta después explicar por qué le habían parecido tan distintos los estilos de Gary y de Ajar, con lo cual quería negar la paternidad de uno sobre el otro. En resumidas cuentas, pone en evidencia la genialidad de Romain Gary.

Michel Tournier prosigue con las *Memories* de Jacques Lartigue y especula sobre el género; repasa al gran escritor italiano Italo Calvino, incluye una reseña sobre un libro que trata de una mística de mediados del siglo XVII, nos descubre al escritor árabe Naïm Kattan, especula sobre Malraux y Picasso, y finalmente hace la semblanza de cinco grandes maestros: Maurice de Gandillac, Claude Lévi-Strauss, Ernst Jünger y Maurice Genevoix.

El vuelo del vampiro muestra una biblioteca personal ambulante, un viaje en el que cincuenta libros hablan por la pluma de un lector oficioso que, a su vez, es un escritor de primera línea. En el juego infinito que forman dos espejos enfrentados, entra el de la lectura personal, la cual remite a otras lecturas y, sin duda, a otros muchos lectores.

Anamari Gomis

Vida de un héroe civil

Un corazón adicto: La vida de Ramón López Velarde, de Guillermo Sheridan, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

La vida gris de un hombre, de López Velarde, sólidamente articulada, sin embargo, en la hondura del drama interior de una conciencia hipersensible y alerta, es lo que puede observarse a través de la lectura de este libro; la vida de este escritor que ha atraído sobre sí el infortunio de la excesiva popularidad suscitada por el auspicio institucional que promovió campañas de aplausos conmemorativos de la muerte y celebratorios del nacimiento del poeta.

Un lector desprevenido esperaría un retablo al modo de los ensayos de *vida y obra* destinados a señalar efemérides. Fundado seriamente en la organización de una abrumadora cantidad de datos fidedignos, se levanta, en cambio, el sólido edificio cuya amalgama procede de la probabilidad indemostrable. El proceso hermenéutico es el de una lectura reconstructiva, en donde cada noticia verdadera se articula y se ordena sobre la sustancia de lo verosímil.

¿De qué modo manejar, una y otra vez, un océano de testimonios documentales enriquecido aún más por la destreza acuciosa de un investigador responsable y dotado?

Delinear la frontera entre la calidad legendaria de los recuerdos y las realidades vividas no suele estar al alcance ni siquiera de los narradores de su propia vida, y, por otra parte, lo que sabemos de nuestros héroes, lo que sabemos respecto de todo —como decía don Alfonso Reyes—, lo sabemos entre todos.

Y así, sobre la pluralidad de las fuentes de nuestro conocimiento de este héroe de la civilidad, de las letras, arma Sheridan una biografía

a cargo de diferentes voces y con distintas perspectivas.

Entre todos los que lo conocieron y los que investigaron sobre él nos construyen una efigie en la que, como en la vida, la imaginación y la leyenda sazonan el dato escueto y colorean el detalle neutro. El abundante material gráfico que alterna en cada página con el texto de Sheridan establece, a partir de otro código, otro discurso, complementario, que agrega su propio encanto.

No se trata, pues, de una biografía a secas, ni de una vida y obra tradicionales, sino de un ensayo que rebasa sus límites, de un discurso en el que el anunciador invade los ángulos desde donde muchos personajes perciben la figura del poeta, y desde donde muchos lectores catan su producción literaria. Se transgreden los lineamientos del ensayo, se quebrantan los de la ficción novelesca y se infringen los de la entrevista periodística. Y uno queda con la impresión de que este inusitado tratamiento dado al producto final de una investigación resulta un hallazgo de Sheridan, pues en él la verdad tolera la verosimilitud, la ternura campea junto al humor irónico, pero la pasión no empaña la objetividad con que se capta todo lo relativo a este poeta que tanto sigue diciendo a los lectores de toda laya.

Helena Beristáin

